



El presidente de la Generalitat catalana, Artur Mas, ayer durante la reunión semanal del Consejo Ejecutivo.

Ahora, Cataluña



EN PRIMER PLANO

Pedro Schwartz

Quienes creemos aún en el Estado liberal y lamentamos la existencia de fuerzas que lo socavan hemos acogido con un suspiro de alivio el resultado del referéndum sobre la independencia de Escocia celebrado la semana pasada. Los nacionalistas escoceses no buscaban sino subvencionar la pervivencia de su Estado de bienestar explotando como propio el maná del Mar del Norte y, de esa manera, decían, conseguir una sociedad más “equitativa”, más igualitaria. El socialismo real por otros medios, vamos. El alivio, sin embargo, será de corta duración. Durante la campaña del referéndum, los defensores de la Unión Británica no se han atrevido siquiera a señalar que el objetivo de los nacionalistas es en sí mismo inalcanzable, pues adolece del mismo defecto de fondo que el puesto al descubierto por la crisis iniciada en 2007. Mata las fuentes del progreso y nos condena al estancamiento y a la rutina. Pues bien, los unionistas no han hecho sino prometer que ellos darán más recursos y concederán más autogobierno a Escocia para que pueda alcanzar esos fines. Ahora la amenaza se ha trasladado a Cataluña.

El Estado democrático y social, al convertirse en el “ogro filantrópico” del que hablaba Octavio Paz, se ha alejado de su papel clásico de defender al individuo promoviendo la igualdad ante la ley y fomentando el libre mercado. El empeño en lo “social” debilita el Estado por elefantiasis. La presión para extender los servicios gratuitos de salud, enseñanza y jubilación se hace irresistible. La sopa boba se extiende a todo el país; crecen los impuestos y, cuando éstos no dan abasto, se reducen gastos necesarios como los de Defensa y se emite deuda sin freno. También se prestan oídos a quienes se quejan de la competencia de los productores extranjeros y de los inmigrantes, cuando en esa compe-

tencia precisamente está la salvación de los adormecidos. Todo ello trastoca los incentivos que mueven a los individuos a superarse y a innovar.

Hay otra fuerza, además, que socava el Estado clásico: la burocracia europea. Al abandonar la construcción europea basada en acuerdos interestatales e intentar la creación de una Unión sobre la base de un nacionalismo europeo, la burocracia de Bruselas (Comisión, Consejo y Parlamento) vacía el Estado clásico de contenido. Ya la mayor parte de la legislación y regulación de los países europeos proviene de esas entidades misteriosas sobre las que el ciudadano de cada país parece no tener control alguno. Poco a poco se confirma la tendencia a crear una UE compuesta por pequeñas regiones semiautónomas de un Leviatán administrativo. Los políticos nacionalistas de los distintos Estados aprovechan esta deriva para crear pequeñas satrapías con las que multiplicar su importancia. Curiosa contradicción: la Europa que se creó para unir las naciones del continente tiene el efecto contrario, el de fragmentarlas en pequeñas tribus, con lo que así se refuerza el poder de anónimos *aparatchiks* y dictadorzuelos locales.

Los nacionalistas de Escocia, Cataluña, País Vasco, Bretaña, Flandes, Córcega, Padania y muchas otras regiones quieren pavonearse por los escenarios europeos, protegidos por la red de salvamento de la UE y la OTAN. Sueñan con una independencia en el fondo aparente y sin peligro de encontrarse solos en el mundo, cuando de hecho estarán regidos por la batuta de Bruselas. Ade-

más, ponen su esperanza en poder integrarse en el gran mercado europeo, ayudados en todo caso por las subvenciones comunitarias. Podrá decirse que la Comisión Europea se ha comportado como es debido al anunciar que una Escocia independiente se habría encontrado con graves obstáculos para el ingreso en la UE; y lo mismo ha declarado sobre Cataluña. Sin embargo, todos esos nacionalistas confían en que, pasado un difícil período de espera, será imposible cerrarles la puerta de la UE, y creo que tienen razón.

La lección de Escocia

Los españoles debemos sacar una lección del referéndum escocés: sólo se ganó cuando los unionistas se decidieron a lanzar un mensaje positivo en vez de empeñarse en las amenazas. Demos por sabido que una consulta referendaria sobre la independencia de Cataluña limitada al territorio catalán sería inconstitucional. Partamos también de la base de que Cataluña sólo podría ingresar en la UE tras postularse durante un largo período de estrechez. Aludamos a la probabilidad de que, caso de una proclamación unilateral de independencia de Cataluña, muchas empresas trasladarían su domicilio social fuera de la región. No basta con ahondar en esos temores. Así no se ganan voluntades.

Explicaré a los antitaurinos de España entera, y en especial de Cataluña, lo que es hacer el Don Tancredo. Consiste en encaramarse a una silla y quedarse inmóvil mientras el toro bufar por los alrededores. El presidente Rajoy se enfrenta ante Artur Mas con un buen táctico que ahora se propone convocar unas elecciones plebiscitarias al tiempo que la controvertida consulta. El “no” ya no basta, como casi no bastó en Escocia. La campaña electoral ha comenzado. Es tiempo de decir a los catalanes qué ganarán con quedarse unidos a una España decidida a convertirse en un país abierto y competitivo. Y si hace falta estudiar entre todos una reforma de la Constitución, pues hágase. Mariano Rajoy tiene que ponerse a torear.

‘Think Tank’ Civismo

La UE, que se creó para unir las naciones del continente, tiene el efecto contrario: fragmentarlas en tribus

El referendo escocés se ganó sólo cuando los unionistas decidieron lanzar mensajes positivos en vez de amenazas